



PERIODICO POLITICO ILUSTRADO.

Precios de suscripcion.

BARCELONA.
Seis meses. 4 Pesetas.
Un año. 8 »

PROVINCIAS.
Seis meses. 5 Pesetas.
Un año. 10 »

ULTRAMAR Y ESTRANGERO.
Seis meses. 10 Pesetas
Un año. 20 »

NÚMEROS SUELTOS.
Barcelona. 4 cuartos
Provincias. 13 cents

Redaccion y Administracion, Fontanella, 11, bajos.

MASCARAS POLITICAS.

Bromazo cómico lirico en un acto dividido en cuatro cuadros, original de Miguel Mendez.

CUADRO SEGUNDO.

La Puerta del Sol.

ESCENA V.

(Don Antonio, don Francisco y La del Gorro cubierta con un dominó.)

La del Gorro. Antonio, no te impacientes.

Antonio. Descubrete.

La del Gorro. Majadero.

¿no ves que tu compañero me está enseñando los dientes?

Francisco. ¿Que máscara más graciosa!

¿Conque mis dientes te asustan?

Pues chica, si no te gustan arrancalos, caprichosa!

La del Gorro. Si esa operacion anhelas...

Francisco. Sácalos; son tu conquista.

Tomalos, bella dentista.

La del Gorro. ¿Y si te saco las muelas?

Francisco. ¡Las muelas!

Antonio. Niña, ¿quién eres?

¿Tienes una voz tan rara!

La del Gorro. ¡Ay, si me vieras la cara!

Antonio. No me asustan las mujeres.

La del Gorro. Es que mi semblante es fiero.

Antonio. Tú nos estás engañando.

Francisco. ¿Si estaremos conversando con algun carabiniro?

Antonio. Verte el rostro necesito.

Francisco. Descubrete, ó soy capaz de arrancarte el antifaz...

La del Gorro. ¡Que Tenorio más rubito!

Curro tú has sido mi amante...

Y este tambien me seguia.

Antonio. ¡Ay por Dios, máscara mia,

dejanos ver tu semblante!

La del Gorro. Calma que el telon descorro.

¿Vais á quedar hechos cruces!

¿Me conocéis, andaluces? (Descubriendose.)

Los dos. ¡Desucristo! ¡La del Gorro!

(Huyen por la izquierda y la del Gorro se marcha por la derecha.)

ESCENA VI.

(Música.)

(Coro de individuos de policia secreta. Vienen embozados, etc.)

Coro.

Están los tiempos tan revueltos, que en estas fiestas de carnaval, es necesario mucho sigilo, buenas narices y vigilar.

Somos febreles conservadores, y bien cumplimos nuestra mision, pues cuanto ocurre, pues cuanto pasa, lo sabe al punto nuestro señor

Los agentes secretos de la policia, no descansan de noche ni duermen de dia.

Husmeando por aqui...

Husmeando por acá...

Husmeando por alli...

Husmeando por allá...

¡Cuernos que modo de trabajar!

¡Ay cuanto cuesta

ganar el pan! (Se marchan por distintos lados)

ESCENA VII.

(D. Práxedes, D. Segismundo y el Pais.)

Práxedes. ¡Oh Pais! hoy te diviertes.

Segismundo. ¡Hoy te diviertes Pais!

Pais. Con vosotros á mi lado

mal me puedo divertir.

Práxedes. ¡Ya verás! Dentro de poco...

Segismundo. Te haremos hombre feliz.

Pais. Como la otra vez ¿verdad?

Segismundo. No; la otra vez pasó así

porque...

Práxedes. Las cosas pasaron...

Segismundo. Y no tuvieron buen fin

Pais. Y este chico ¿es ya de casa?

(Dando una palmadita en el hombro de Segismundo)

Práxedes. ¿Qué si es ya de casa? Si.

Cuando yo suba, lo agarro

del pelo y le hago subir.

Ya verás, sobrino nuestro

lo que cuidamos por ti.

Te daremos una capa

un sombrero... un corbatín...

Pais. ¿Para ahorrarme con él?

Segismundo. ¡Hombre!

si te espera un porvenir

cubierto...

Pais. De cardos cueros,

ó espinas de puerco espin.

Práxedes. Te engañas. Yo te prometo

solememente, cumplir...

Pais. Hijo, tu solemnidad

que me la claven aquí. (En la frente)

¿Te acuerdas cuando dijiste

con voz de guardia civil,

que ibas á caer del lado

de la libertad?

Práxedes. ¡Pillín

como te acuerdas de aquello!

(Ayúdeme usted á mentir) (Aparte á Segismundo)

Segismundo. Olvidemos lo pasado,

porque aquello... fué un desliz

parlamentario; una cosa,

que se dijo... porque si.

Práxedes. Una figura de efecto,

ó si se quiere, un ardid

para que algunos incrédulos

fixasen la vista en mí.

Pero si antes te engañé

de una manera incivil,

hoy te prometo un gobierno

cast... como el de Paris.

Libertad á todas horas.

Acabarás de sufrir,

y ese cuerpo de fideo

será un cuerpo torenil.

No habrá fiscales de imprenta.

La prensa podrá decir

todo lo que se le ocurra;

todo, todo. Y esas mil

contribuciones que pagas

y no te dejan vivir,



EL TRIUNFO DE MATEO

se quedarán reducidas
a una cosa baladí.
(Amigo mío, en España (Aparte á Segismundo.)
no hay quien me gane á mentir.)

Segismundo. (En provincias, eso dicen,
y eso dicen en Madrid.)

Pais. Por aquí me entra tu cháchara,
(Tocándose una oreja)

y me sale por aquí.)
Suspendamos la sesión
que ya es hora de acudir
á casa de la Política.

Segismundo. ¿Te ha convidado al festín
carnavalesco que ofrece
á sus parroquianos?

Pais. Si;
me ha invitado esta mañana
y he prometido asistir.

Práxedes. Pues cuando gñstes...
Andando.

Pais. Segismundo (¿Qué buenazo!) (A Práxedes.)
Práxedes. (¿Qué infeliz!) (id.)

ESCENA VIII.

(Dichos. D. Estados Unidos y un caballero con antifaz.)

D. Estados Pais, fíjate tu atención.
Vamos á hacer una escena
telégrafica, una escena
propia de la situación.

(D. Estados coge la punta de un alambre que le entrega
el caballero y ambos se colocan en los extremos del
proscenio.)

D. Estados. ¿Qué cantidad quiere usted?
(Aproximándose el alambre á la boca como si fuera un apa-
rato telefónico.)

Caballero. Dos mil duros. (id.)

D. Estados. Ya he girado.
(Deja caer por el alambre un talego)

Caballero. Ahí va el texto del tratado.

(Envía por el alambre un cartel que diga: Tratado de co-
mercio con los Estados Unidos.)

D. Estados. Muchas gracias. (cogiéndolo)

Caballero. No hay por que. (Marchándose.)

D. Estados. ¡Buen negocio! ¡caracoles!
La cosa ha venido á punto.
¡Conocemos este asunto
antes que los españoles! (Se va.)

Segismundo. Ese ya hizo la jugada.
¡Buen punto!

Práxedes. Si, punto y coma.

Pais. ¡Pero eso ha sido una broma?

Práxedes. Una broma... muy pesada. (Se van.)

ESCENA IX.

Coro de agentes de orden público y estudiantes.

(Música.)

Agentes. Derecho romerista
debemos estudiar,
por si otra vez nos meten
en la Universidad

Los agentes de orden público. (Leyendo.)
de toda localidad,
en el puño de sus sables
llevan la seguridad.

Si hay cuestiones con los chicos,
si anda suelto Satanás...
¡mano al sable! ¡mano al sable!

Ya sabemos lo demás. (Cerrando el libro.)

Estudiantes. Los agentes de orden público, etc.
Repiten el coro de agentes.

(Los agentes cogen de la mano á los estudiantes y se mar-
chan por el fondo.)

ESCENA X.

(El cabo Olivazo con un enorme sable al hombro.)

¡Ni una máscara se altera!

No he dado ningún sablazo.

El orden público impera

y todo Madrid venera

al intrepido Olivazo. (Se va.)

(Pausa de ocho días.—Los cuadros tercero y cuarto se pu-
blican en el número próximo)

NUESTROS MUÑECOS.

Ya supongo á ustedes enterados del único grupo que han
producido las últimas discusiones en el Congreso.

D. n Mateo se ha humanizado, al fin, y ha abierto sus bra-
zos á los izquierdistas, que, por su parte, se han apresurado á
precipitarse en ellos, dejando solo, abandonado y triste, al du-
que de la Torre,

Y don Antonio, al ver que su rival se dispone á darle un
disgusto, tirase de los pelos lleno de rabia, mientras que el
duque llora el abandono en que le han dejado los suyos, pa-
sando á ser ajenos.
¡Cosas de ellos!

CHARLADURIAS.

En la gran Casa de Huespedes de Antonio Cánovas y Com-
pañía, ocurre algo grave.

Segun murmuraciones auténticas, los pupilos mas escrupu-
losos de la casa no están contentos con los guisados políticos
que condimentan los cocineros de la situación, y se teme un
conflicto de principios y hasta de postres.

Se ha formado un numeroso grupo de huespedes descontentos,
el cual no reconoce más autoridad culinaria-conservadora
que el bizco de Málaga.

Si este manifiesta á los disgustados pupilos que forzosamente
tienen que tragar los platos de origen romerista y las le-
gumbres ultramontanas, entonces se alterará el orden político
de la casa de Antonio, y enseguida serán arrojados del local
los autores de la rebelión.

Cánovas, anda preocupado con este maldito contratiempo,
pues no quiere resolver el asunto de una manera que ocasione
nuevos conflictos.

Romero es partidario de la fuerza en las cuestiones de in-
disciplina conservadora, y aconseja á don Antonio que expul-
se, sin perdida de tiempo, de las jaulas ministeriales, á ese pe-
loton de disidentes que desprecian la autoridad romerista y
desean que el partido no tenga más que una cabeza para su
gobierno.

Bien mirado, lo que pretenden esos caballeros es casi un im-
posible. El ejército conservador consume hoy por hoy tres
jefes: Cánovas, Romero y Pidal. Pedir que esas tres eminencias
gubernamentales se refundan en una sola, ó con salsa, es
pedir melones al olmo, ó otras cosas por el estilo.

Por esta causa la mayoría canovista se ve amenazada de
una próxima catástrofe.

Los puritanos, que así se llaman los conservadores descontentos,
al oír de boca ulalaguería que sus pretensiones son
despreciadas y que el partido seguirá funcionando en las mis-
mas condiciones puritico-mecánicas que ahora tiene, producirán
ruidos subterráneos, prepararán artísticamente el terre-
mito y cuando llegue el instante del primer sacudimiento, la
mayoría quedará cuarteada.

En vano buscarán don Antonio y sus albañiles, robustos
troncos para apuntalar el edificio ruinoso, porque esos troncos
habrán desaparecido.

¿Qué solución dará el Sr. Cánovas á este importante
asunto?

Varios periódicos dicen que para calmar el puritanismb
es preciso hacer una modificación en el gabinete.

Peró creo que el Sr. Cánovas no abraza esas intenciones
restauradoras.

Quiere por lo visto que el ministerio vaya á la rosa con el
mismo traje que vistió el día de su fatal nacimiento.

Diálogos tomados al oído por La Iberia en el salon de
conferencias:

El ministro de la Gobernacion.—Yo considero como in-
dividuo de la oposicion á los que forman grupos, llamense
clavelistas ó puritanos. Eso no puede ser en nuestro partido

El Sr. Roda.—Yo no he sido durante toda mi vida mas
que conservador y canovista.

El ministro.—Yo lo que digo es que la mayoría no puede
formar mas que un partido; no somos como los fusionistas,
que tenían tercios y cuartos; al que adopte esas actitudes lo
considerare igual que á las oposiciones y como enemigo del
gobierno.

El Sr. Roda.—Todo eso son generalidades; si quiere V.
decirme á mi algo particularmente, me lo dice y le contestaré
enplumadamente.

El ministro.—Yo le digo á V. lo que les he dicho á todos

El Sr. Roda.—Yo no soy más que conservador y cano-
vista.

El ministro.—Pues eso no puede ser.

El Sr. Roda.—Puede ser, porque yo; con efecto, no soy
mas que conservador y canovista.

El ministro.—(Abandonando el corro con mal talante.)
¡Ya se lo dirá á V. Canovast!

COTORREO.

El alcalde de Almaches,
según dice El Defensor
de Granada, ha publicado
en la imprenta de su voz,

un bando salvaje-puro,
es decir, conservador,
prohibiendo que sus vecinos
salgan á tomar el sol.
Pues me temo que este alcalde
suelto otro bando feroz,
suspendiendo de un plumazo
el uso del pantalón.
¿De qué será la cabeza
que gasta este buen señor?
¿Estará confeccionada
con calabaza y melón?

Caballeros, hagan Vds. el favor de pasar la vista por estos
renglones que copio literalmente:

«Reviste mucha gravedad un abuso que denuncia El Ma-
nifiesto, de Cadiz. Dicho periódico habla de un habilitado que
al hacer ciertos cobros en las oficinas de Hacienda, no solo ha
venido notando ciertas faltas, sino que últimamente ha encon-
trado paquetes de perdigones en lugar de monedas.»

¿Se han enterado ustedes?

Ahora pido la palabra.

De manera que en las oficinas de Hacienda de Cadiz se
practica el timo de los perdigones.

¿Y quien será el profesor de finos administrativo-perdigo-
neros?

¿Lo descubrirán? O será señorito cubierto delante de... etc...

Pues si este caballero habilitado,
que en lugar de monedas ha encontrado
los tales perdigones,
pretendiera cazar bajo techo,
ya tiene municiones
para herir á los picaros gorrones
que los cuartos en plomo han transformado.

En el proyecto de Código presentado por el amable ministro
de Gracia y Justicia ¿se consiente todo!

Pero todo... bajo pena de la vida.

De suerte que no se consiente nada.

¡Ah, sí! Se consentían los sablazos de la arrojada familia
Oliver.

Eso no se considera como delito.

Se considera... como sablazos, únicamente.

Dice La Epoca:

«Ha sido necesario que el gobierno inste mucho al Sr. Don
Francisco Cárdenas para que acepte la embajada de Paris.»
Hábersela ofrecido con patatas.

Dice un periódico de Sevilla que en una causa formada al
Bizeo del Borge hace años, el juez dictó sentencia de muerte.
El juez propuso, y el Bizeo dispuso no dejarse ahorear.

Y por ahí anda tan gordo y sano.

Y sin que nadie lo moleste.

Hay más libertad que lo que Vds. se figuran.

Para ciertas personas, se entiende.

El Sr. Gutierrez de la Vega ha calificado á los actuales de-
bates parlamentarios de *lucha de fieras*.

El papel de oso ha corrido á su cargo.

El ministro de Marina ha sido autorizado para adquirir en
Inglaterra cuatro ametralladoras.

¿A qué precio?

¡Verán ustedes que cuenta

el ministro nos presenta!

TELEGRAMAS.

Madrid á 26.—¡Voto á Cristo!

De Plasencia el obispo

al gobierno le da serios disgustos.

No gana Don Antonio para susos.

Dicese por aquí que otros preladós

tambien se muestran algo disgustados,

y es muy fácil que contra A. Pidal

se levante cruzada episcopal.

El hecho no censuro ni lo alabo

¡por mi que no le dejen ni aun el rabol

Y dejo por supuesto

que tan solo en metáfora digo esto.

Paris á 26.—Ya Langson

cayó á los tiros del francés cañon

veremos si ahora acaba cuestión china

y podemos sacarnos esa espina.

BARCELONA.—Imp. de V. Perez. Infanella, 11, bajos.